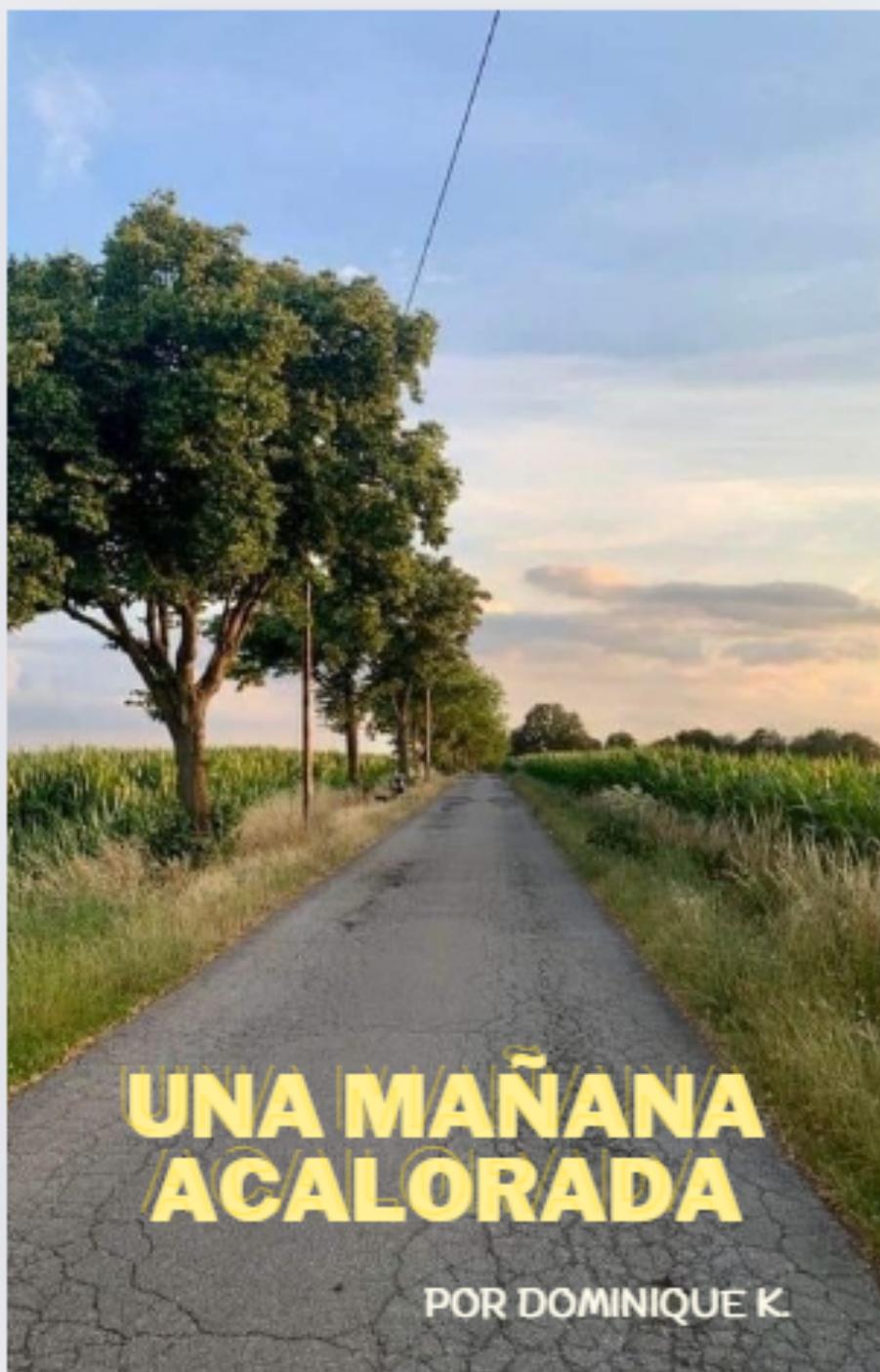


Una mañana acalorada

Dominique K



Capítulo 1

¿Acaso tú no me estás viendo?

¡Ni siquiera tengo dónde caerme muerto!

Desagárrate de mí que ya me sabes desamparado.

.....

Pesados y gruesos goteros de lluvia se arremeten contra las planchas de zinc, bruscamente se desarman al lanzarse desde los bordes y habiéndose dejado algún agua por detrás, los chorros se desploman por los huecos del techo. La lluvia es impetuosa al tiempo que los vientos arrastran el sofoco de la temporada hasta dentro de la vivienda.

En el desorden de una maltrecha casa, dos personas quedan rendidas por la estrepitosa inundación que rellena el lugar. Una frustrada y rabiosa mujer mira bastante harta toda el agua acumulada. Su pequeño hijo, navega las piernas y con la arrugada mano por la humedad, la coloca con delicadeza sobre su muñeca para preguntarle con precavida voz que si ya van a comer. Su madre se enfurece por ver su desfachatez, por ser molestarla así e insultándolo porque parece que él no entiende que están inundándose, se levanta y el niño se apura a encogerse.

Subiendo por los empinados y lodosos caminos de los tugurios, un cansado muchacho va aguantando la lluvia torrencial. Metiéndose por las últimas hacinadas casas, oye los desgarradores chillidos de su hermano y apresurándose, abre la puerta para verlo tirado en el piso mientras es golpeado por su ensañada madre. Viendo como el cinturón choca incesante y escandalosamente sobre su desnuda espalda, el muchacho agarra un cuchillo de la cocina y se afana hacia su madre para que pare. Consiguiendo jalar a su pequeño hermano detrás de él, continúa apuntándola mientras se gritan. Peleándose más fuerte, se descaran lo que alguna vez se hubieron de decir, se recalcan los mal agradecimientos y todo por lo que se ha pasado.

El aterrorizado niño se para temblorosamente y queriendo esconderse de todo eso, abraza las piernas de quien siempre lo cuida. —¡Narreki, Narreki[1]!

—¡Hija de puta, mira lo que le hiciste a Leu! Yo ya no aguanto, estoy harto de toda esta mierda. Nosotros nos largamos. —Al agacharse para colocarle los zapatos a su pequeño hermano, su madre revienta en griterío mientras furiosa se pega en el pecho.

—¡Fui yo quién los parí! Y ahora, ¿quieren irse? Si lo hacen, yo los odiaré. ¿A dónde se van a largar? ¡Yo los cuidé y ahora me reniegan la vida!

—Siendo empujada groseramente por su hijo mayor, se altera más. —¡No debí haberlos parido, qué arrepentimiento que tengo! ¿Para qué los traje si iban a ser unos malagradecidos? Lárguense a caer muertos por la calle y dejen de joderme la vida.

—Si te vuelvo a ver, yo te mato. —El muchacho se le acerca y con desprecio le lanza el cuchillo por los pies.

Cargando a su tembloroso hermano que no soporta más, salen de la vivienda y desamparados parten del que fue su duradero hacinamiento.

Después de fatigosas horas en bus, los hermanos llegan a un ajetreado pueblo a las afueras de la capital. Y pestilentes, somnolientos y sin más que con un puñado de dólares, avanzan desconcertados por un lugar muy distinto a su provincia costera, tal de la que nunca antes habían salido.

La penuria se les agravaría grandemente por el siguiente medio año en el que pasarían en indigencia, en el que Narre volvería a retomar su mala maña; a caminar nocturnamente para encontrarse con quienes amenazaría con brutalidad para poder sacarles algún provecho. Y cuando no habría de darse en tales andanzas, iría a sus trabajos eventuales. De vagabundeo a posada se desplazarían cada tanto hasta que Narre, sacándose una agilidad de donde no la había, conseguiría ser ayudante en una nauseabunda mecánica, en la que se les permitiría quedarse en un rincón de la bodega. Ahí trabajaría por varios meses en los que pasaría en un miserable sobreesfuerzo por unos dólares que sus necesidades terminarían devorando. Mientras tanto y debido a que Leu no alcanzaría a ser inscrito en la escuela pública por falta de documentos, el niño se quedaría durante todo el día junto a su hermano en la mecánica, donde tendría que aprender a su manera; de las experiencias de los trabajadores, de cómo Narre vivía frente a sus ojos y de cómo él mismo pasaba el tiempo. Leu se volvería precavido entre todas las personas que aparecerían y la perspicacia se le engrandecería, dándose una sagacidad indecible para su infancia. Y durante todo ese tiempo, Leu vería que en el mundo que se abría, la vida que su hermano y él tenían, era muy dura.

Las calles y las necesidades por las que pasaron los llevaron a habitar en un cuchitril propio. No fueron las personas más quietas ni las de muy buen vivir, si no las más entreveradas en el pueblo, las que ayudaron a Narre a asegurarse una vivienda. Entendiendo cómo endurecerse en su crudeza y atragantándose de conexiones, él se adentró en el resto para construirse una reputación y enraizarse al pueblo. Narre se abasteció de atrevimiento, relaciones malhabladas y otras un tanto enaltecidas. Él se había escabullido en la vida y había conseguido no ser un rezago de sus días. Y entonces, habiéndose amigado o inmiscuido en las vidas de los encargados de la zona educativa del pueblo, hizo que Leu pudiera volver a

la escuela.

De los tugurios provenimos.

Con las balaceras metidas por los ojos y la desesperanza encarándonos en
vigorosa,

nos enraizarnos malamente por entre sus cizañosas tierras y en un
desquicio de esa pesadumbre, simplemente nos ahuyentamos.

Nos fraguamos[2] en algún otro lado y por andar desolados sin saber qué
hacer,

la soltura se nos volvió mañosa y la desgracia se nos fue desocupando.

Sin conocer si nos podremos parir en otra tierra, continuamos parándonos
cada día

por si al despertamos en algún momento, reconózcanos que ahora en
alguna lejura, nuestra vida es muy dichosa.

[1] Narreki es empleado a manera de cariño

[2] Forjar algo.

Capítulo 2

¡Y el pueblo es este!

Así como en las otras tantas frescas noches del pueblo, Narre va de regreso hacia su casa. Pero hoy, por ya llevar varios días con el sustento quebrado, está abrumado e indignándose con todo, se queja en silencio porque ni siquiera en la tienda de productos agrícolas donde es ayudante le han pagado, debido a las bajas ventas del mes. Preocupado, mira la bolsa de pan que sostiene y resoplando exhausto, retorna por donde vino para meterse entre las calles que parten de las más céntricas, por las que ahora en esta temporada alta, los turistas suelen transitarse tranquilamente. Yéndose con sigilo por la vereda, Narre ve que más adelante un joven hombre sale de una zona popular para caminar por una calle secundaria y acechándolo brevemente, repentinamente se apresura a apegársele.

Aquel joven hombre es apoyado en la pared mientras que su sorprendido y tembloroso su cuerpo es bruscamente rebuscado. Al insultarlo, a Narre se le escapan las miradas hacia su rostro y nota que sus expresiones son tan doloridas como si lo estuvieran apuñalando. Molesto por ver la exageración de ese turista, le agarra el cuello.

—¡Ya pues la billetera! ¿Hasta cuándo te espero, mama verga?

Como puede el joven intentar sacársela del pantalón y casi apegándosele al pecho para abrirla, cubre descuidadamente un sinnúmero de tarjetas con la mano mientras que con la otra trata de sacar los billetes. Narre se exaspera y se la arrancha, busca el efectivo y al sacarlo todo, le lanza la billetera a los pies.

—Parece que alguien te estuviera matando, iqué adefesioso!

El turista ve que quien lo acaba de asaltar ya se está alejando y espantado como está, le habla con fuerza para desquitarse la rabia que siente.

—Muerto de hambre.

Narre se para y enrabiado se gira para verlo y volver a acercársele; el hombre sintiéndose atónito se va tan deprisa como puede a meter en algún local para refugiarse de ese maleante.

Finalmente, después de bastante tiempo, el turista de la ciudad consigue retornar al hotel. Y debido a que esa ha sido la primera vez en su vida que lo asaltan en la calle, llega a su habitación para impotente, irascible y sin poder sostener el susto, quedarse en un frustrado llanto por tal horroroso

impacto.

...

El sol mañanero es alzado. Los tenues tonos naranjas se repletan en los cielos hasta llegar hacia las empozadas lluvias y poder extenderse prontamente inacabables por los densos pastizales. Los tibios rayos se encaminan por las arboledas y se envuelven por las rasposas cortezas, rutilan por los campos y prosperan los colores de los pétalos.

Desnudas pisadas avanzan por la húmeda tierra, yéndose en un tranquilo paseo por las lomas. No hay apresuro y no hay dolencia porque simplemente hoy hay regocijo. El andar se detiene cuando aquel muchacho encuentra a un sonriente niño, acucillado frente a una diminuta posa. Viéndolo desbaratar el agua con las palmas, se conmueve y observando ese apartado y feraz derredor, él comprende que ahí es donde puede haber una buena vida para ambos.

Narre se remueve en la cama mientras se despierta de su buen sueño, se fija en la azulada oscuridad de fuera y suspirando se reconoce con mucho cansancio. Parpadeando somnoliento, abstrae la mirada sobre la mesa del comedor y mientras continúa discerniendo el día, la amargura y dureza comienzan a enmarcársele otra vez en la expresión. Se gira y mira a su pequeño hermano dormir casi enredado entre las cobijas. Narre deja que los pesados suspiros se le vayan y acomodándose, lo abraza cortamente antes de despertarlo.

Yéndose por los extensos y terrosos caminos a los pies de los cerros, los hermanos se dirigen hacia una de las improvisadas paradas de bus que los llevaran hacia el pueblo. Rodeados por la naturaleza de los lares rurales, sus fuertes conversaciones se entremezclan con los trinares de las aves que también ya van despertando. Y sin estar desganados, los hermanos comienzan otro rutinario martes mientras la madrugada se da lentamente en clara mañana.

Los Cerros Rojos, llamados así por sus cerros de ripio, es donde un enrarecido asentamiento ilegal ha aparecido recientemente. El hacendado de esos y otros cuantos terrenos, un día dijo en disimulo que permitiría que quienes no tuvieran vivienda propia, por escases de recursos, podrían ir a quedarse en esas tierras que no le producían nada. Su palabra se fue regando, y de a poco y casi desprevenidamente, varias casas fueron construyéndose con esperanza e innumerable esfuerzo sobre el cerro más ancho del lugar, trayendo consigo a cuarenta y siete familias. Y a pesar de haber tenido que dejarse en zona de alto riesgo y pasar por variedad de precariedades, los habitantes han hecho lo que han podido para mejorar la condición en la que viven. Todo aquello sin ser exigentes con el hacendado porque su amabilidad tampoco debía ser aprovechada con tanto descaró cuando ya se les estaba dando un sitio para residir. Así

entonces, con trabajo comunitario ellos han abierto caminos por los cerros hasta la carretera principal a cuatro kilómetros más abajo y han conseguido que un tanquero de agua venga al menos una vez por semana. Sin embargo, no solo por la gran distancia en la que se encuentran del pueblo si no que por la naturaleza de su asentamiento rural, ellos no pueden tener acceso a los servicios básicos e incluso, los postes de luz más próximos terminan prontamente en las afueras del poblado.

El dueño les aclaró que: aquí en mis tierras nadie me viene a hacer relajo[1], aquí o conviven o conviven. Y si me llego a enterar que están haciendo lo que no deberían, yo los boto. Así es entonces que bajo esas palabras y muchas otras, los residentes se han mantenido en una comunidad duradera, pero cuando eventualmente hay alguna alteración y se piensan alzar en injuria, se apaciguan todas las iras y se mantienen como un gran barrio porque recuerdan dónde es que viven todos ellos.

Muchos de los residentes de los Cerros Rojos que no han encontrado otra forma de sustento, trabajan en las hectáreas agrícolas del dueño, por un par de dólares, alguna que otra canasta básica y por la atadura que la gratitud les ha encarnado. Y aunque podrían complementar su labor con algún otro oficio en el pueblo, un sin número de personas no puede permitirse hacerlo debido a las largas y agotadoras jornadas rurales, así que simplemente quedan bajo su capataz. Ahora que una mano se les ha extendido, se reconoce que también ha venido incansablemente humillante y por eso puede que haya cierto resentimiento, pero se lo calla. Hay quienes sí pudieron intercalarse entre trabajo rural y trabajo en el pueblo, pero no sin desmedido esfuerzo, y hay otros que, dedicados simplemente a la labor en el pueblo, se mantienen en un indecible respeto hacia el hacendado. ¿Cómo hubo de saberse que la mano que fue dada los dejaría sometidos de tales maneras?

Ya sea por la amplia tenencia de tierras, enorme producción agrícola, afluencia o por su inquietante personalidad, al hacendado se lo tiene en alta estima. Tal hombre suele de vez en cuando visitar la hectárea de los Cerros Rojos, para saludar, conversar de cualquier novedad y luego partir. Dada la oportunidad, el capataz es alguien amable, eso se reconoce, así como también que él es un hombre bastante duro. Narre se lo ha encontrado varias veces y aunque fastidiado por solo verlo, tampoco puede serle indiferente. No confía en ese hacendado, no solo por su despotismo si no porque su generosidad la sabe malnacida. Incluso su pequeño hermano, quien no lo trata tanto, tiene una opinión sobre él y a Narre, toda la carne de la cara parece retorcerse cada vez que lo escucha decir alegremente que ese capataz, es un buen hombre. Y como está desganado para explicarle que ese buen hombre es un reverendo desgraciado, Narre lo deja creer eso.

Con cizaña se ha escuchado sobre un desalojo forzado por parte de las autoridades, pero tragándose en silencio, los residentes de los cerros no creen que eso pueda pasar porque de alguna forma u otra, donde ahora viven es un poco suyo y también porque el hacendado es quién continuamente está amparándolos. Un desalojo no podría darse, no en esas tierras.

Subidos en el bus, los dos hermanos descansan un poco durante la hora de viaje que todavía les queda hasta el pueblo. Leu deja de ver los opulentos campos y se remueve en el asiento.

—Narreki, este uniforme no me tocaba hoy. —Se queja despacio mientras se lo señala con las manos.

—Bueno, pues resulta que ayer un niño se quitó muy tarde el uniforme de cultura física por estar jugando y como no me hizo acuerdo que tenía que usarlo otra vez hoy, no hubo tiempo para lavarlo. —Menciona perezoso.

—Es que yo me olvide, Narreki. —Le sonríe un poco culpable. —¿El profesor suplente me va a anotar por eso?

—No creo, pero si esto vuelve a pasar, te mando con el uniforme mojado a la escuela.

Leu le sostiene la mano. —Pero yo no quiero ir apestoso.

—Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer, no quedarte todo el día con el uniforme cuando regresas de las clases y ayudarme a lavarlo cuando no estoy. —Narre le acaricia los ondulados cabellos.

—El profesor Irkalo, ¿por cuánto tiempo va a estar con la rodilla rota?

—Eso demora en sanar, pero ya en unos meses ha de volver a la escuela.

—Ojalá que la rodilla siga muy rota...

Narre frunce el ceño y lo reprende. —¿Qué te pasa, Leu? ¿Por qué dices eso? ¿Es porque últimamente no te está yendo bien en sus materias? Sé que ahora están un poco difíciles, pero solo hay que repasar más. A ver, Leu, yo no te he enseñado eso de andar queriendo mal ajeno, así que no digas eso de nuevo, no está bien. Mira cuánto Irkalo ha hecho por nosotros, no seas malagradecido y tampoco un niño así de malcriado.

Su pequeño hermano le estruja más la mano y la suelta para girarse hacia la ventana. —A veces el profesor Irkalo es muy malo conmigo.

—Ay, Leu. —Resopla molesto. —Él solo está siendo estricto, nada más, no

es malo.

—Tú siempre te enojas conmigo cuando digo algo...—menciona cabizbajo.

Narre suspira pesado y se inclina hacia él, pero su pequeño hermano no quiere verlo. —Sabes que eso no es verdad. Solo que no me gusta que andes diciendo estas cosas feas. —Le menciona suave. —No quiero que te comportes de esta manera otra vez.

Su hermano solo lo mira y no respondiéndole más, lo abraza con fuerza, apoya la cabeza sobre sus piernas y se recuesta sobre los asientos.

—Entonces, ¿ya no me quieres decir nada más, Leu?

—...perdón, ya no me voy a portar así...

Narre le da cortas caricias por la espalda al verlo tan decaído. —A ver, no nos enojemos. Cuéntame, ¿cómo es el suplente de la ciudad? ¿si es bueno contigo?

—El suplente es muy amable con todos y sabe muchísimo. —Leu se vuelve a sentar.

—¿Entonces si estás aprendiendo?

—¡Sí, Narreki! Sus clases son muy divertidas y a mí me cae muy bien.

—Qué bueno. — Narre sonrío ante la repentina alegría de su hermano.

—¿Tú sabías que él es arquitecto? Así como tú querías.

—Ah. No lo sabía, pero hoy lo voy a conocer.

—Ojalá que se quede por mucho tiempo...—susurra Leu esperanzado.

Después de un gran tramo por el que ambos dormitan un poco, Leu vuelve a mirar los campos rurales.

—Narreki, ¿por qué el agua de los lagos se queda en la tierra y el agua de la lluvia se va?

A Narre la sonrisa se le agiganta porque su pequeño hermano ahora tiene una vida en la que la curiosidad no tiene que silenciarse, en la que él puede disfrutar un poco más de su niñez.

Al llegar a la escuela, pasa que en lugar de que haya rechazo, Narre es amigado con un sinnúmero de familias. Encontrándose con varias de ellas, quedan conversando tranquilamente. Muchas familias ya conocen las

andanzas, soeces quehaceres y trabajos sin fin que ese incansable hombre de veintiún años hace y sabiéndolo como un buen muchacho, se lo aprecia a pesar de las duras cosas que se juzgan y se ven de él, porque entienden que la astucia que la necesidad le ha sacado a Narre, no lo hace malicioso. Tal grupo se siente más afianzado y más resuelto desde que se juntaron con alguien encarnado al poblado, cierto provecho también ha de salir de aquello... Una señora termina de contar la última sinvergüenza que ocurrió en el mercado y después de despedirse, los dos hermanos se van hacia el patio.

Trimestralmente el gobierno ofrece canastas básicas a los alumnos de bajos recursos que asisten a las escuelas públicas. Así que en estos primeros días de agosto otra larga fila vuelve a extenderse desde los salones de la escuela hacia la calle, demostrando las dificultades del pueblo que la abundancia turística no ha podido decrecer. Lentamente los hermanos van aproximándose hacia el frente y cuando finalmente llegan, Narre frunce el ceño con mucha dureza para de inmediato dejar su rostro en ninguna importancia. Frente a él, está el hombre que asaltó hace poco y según las alegres palabras de Leu, ese es el profesor suplente. Ese hombre alza la mirada y asustándose, reconoce a su primer delincuente. Fingiendo desinterés, pero sintiendo fastidio, pide el apellido. Entonces, empieza a buscar en el grueso cuaderno.

—Parece que no están registrados para recibir la canasta.

Leu mira con curiosidad el cuaderno mientras Narre se acerca más hacia la mesa.

—Busca de nuevo.

El suplente lo hace. —Lo siento, no aparecen aquí.

—Pero ahí están nuestros nombres—Narre señala molesto.

Él relee y vuelve a sujetar el libro de registro. —Pero para el trimestre anterior, quizá olvidaron anotarse de nuevo. Ahora no puedo hacer más.

—Todos los trimestres venimos a pedir la canasta, así que nos vamos a llevar una ahora. Anote eso.

—Disculpa, pero no puedo dejarte hacer eso porque si te llevas una, habrá una familia que sí se registró que se quedará sin lo que pidió.

—Sé que nosotros nos registramos, busque bien. —Narre toca

repetidamente el libro.

El murmullo de la inquieta fila empieza a alzarse.

—Tengo que atender a los demás primero.

—No sé, pero nosotros no nos vamos a mover hasta que se solucione esto
—menciona duramente Narre.

—No puedo ayudarte ahora, tienen que esperar. Muévanse, por favor.

—Yo de aquí no me voy a mover.

—Voy a atender al resto. —El profesor suplente da una rápida mirada hacia atrás y llama a la siguiente familia. Ellos dan el apellido, él lo encuentra con agilidad, toman la canasta, firman y se van.

Narre con la rabia acabada de refregarse por todo el cuerpo, vuelve a pararse frente al suplente y la cansada fila se interrumpe otra vez.

—¿Ya encontraste nuestros nombres?

Estresado por la acumulación de personas en la pequeña aula e intimidado por ese maleante, el profesor temporal quiere que algo se pare porque la paciencia ya se le ha raspado y lo ha dejado bastante molesto. Reclamándose así mismo por estar en ese lugar y en ese momento, comienza a frustrarse. Ahí se encuentra a manera de favor por el accidente que su amigo tuvo y por situaciones labores personales, pero siendo un renombrado arquitecto en la capital, él realmente no tiene ni idea de lo que está haciendo en esa escuela porque de educación no está nada enterado. Vársé hizo el favor por buena voluntad y porque creyó que sería divertido, pero ahora hasta asaltado ha salido y quien sabe en qué descontento terminará el día.

—Mira, no sé. Simplemente no sé porque no están sus nombres. Tú tienes que esperar y eso es todo, por ti ahora, no se puede hacer más. Por favor, muévete. —Vársé observa al malandro y la rudeza se le abre.

Narre se asombra un poco y resopla con burla. —Bien, todos tendremos que esperar entonces.

—Si estás seguro de que anotaste tu nombre, entonces no deberías hacer este escándalo. Te pido que no retrases más la fila y que seas respetuoso con la gente que lleva bastante tiempo esperando aquí. —Al arquitecto la contrariedad le es más incisiva y la voz se le sale más altanera de lo que pretende.

La organización en el aula comienza a desarmarse y uno que otro quejido va escuchándose.

El muchacho extiende la mano, agarra la de su hermano y niega mientras habla con desprecio. —Qué hombre tan altanero. Vámonos, Leu. Nosotros no rogamos.

La profesora de lenguaje nota lo que sucede y se levanta de prisa de la mesa de junto.

—¡Narre, espera! ¿Acaso no aparecen sus nombres para este trimestre? Déjame revisar, seguro están en alguna otra página. —Mueve el libro del suplente y habla animada. — Sí, mira, parece que alguien los registró en una parte que no era. No importa, más tarde muevo sus nombres a dónde corresponden. Leu, ven. —Ella se agacha y le da una mueca cariñosa. —¿Sabías que esta vez pusieron más de las harinas que te gustan?

Ellos se van a retirar una canasta mientras Narre se queda parado frente al arquitecto y en absoluto silencio lo observa. Esa mirada se adentra en el suplente y aquel hombre, si alguna vez pensó en tremenda brutalidad, esta es la primera vez que se encontraría con un rostro que lo demostrara. Vársé siente ser acechado y a pesar de estar rodeado de abundante gentío, se siente repentinamente desamparado. Narre detiene su estruendosa mirada y toma la canasta que su hermano intenta cargar. Detrás de ambos, queda una apabullante severidad; las personas del aula miran preocupados, no hacia los hermanos, si no hacia el insensato profesor. Vársé los ve salir mientras queda hondamente intimidado.

Más tarde cuando la entrega de canastas termina y los encargados del cuerpo educativo completan los reportes, se les permite retirarse. Vársé se alista para irse a almorzar cuando es interrumpido por la profesora de lenguaje.

—¿Ya te vas?

—Sí, esto resultó ser un poco más agotador de lo que pensé. —Menciona amable el suplente.

—Sí, jaja. —Ella ve hacia su alrededor y empieza a hablarle con una dulzura bastante estricta que arranca cualquier buen agrado. —Mira, Vársé. Parece que tu amigo no te dijo cómo funcionan las cosas aquí. Hay personas con las que uno no se debería meter especialmente si se es nuevo aquí. Nuestro colega si entendía todo esto y hasta era bien llevado con muchos del pueblo, pero tengo la impresión de que tú te sigues pensando en la capital por la manera media prepotente en la que sueles actuar. Algo más, acuérdate de que, aunque seas suplente, tienes que trabajar bien y entre otras cuantas cosas más, tu desempeño... ¿qué te

puedo decir? —concluye desdeñosa.

—¿Me estás diciendo esto por el hombre de la mañana? Ese descarado hombre me asaltó ayer. —Al arquitecto la calma se le agrieta y se le sale el fastidio

—¿Narre? —La risa le abre en resoplo mientras le estruja el hombro. —Él puede tener...sus ciertas mañas, pero es buen muchacho. Solo no vayas a causar problemas. En eso quedemos, ¿qué le parece, licenciado?

Vársé la ve sonreír con hipocresía y no entendiendo, se enfada. El resto de la tarde la pasa intentando quitarse la pesadez, pero los pensamientos desgraciados lo seguirían carcomiendo. Ni siquiera podía ir a visitar a su amigo porque iba a estar ocupado, así que solo se tenía así mismo para desquitarse.

En la noche, el arquitecto pasea por un parque de iluminaciones, pero sintiendo que repentinamente alguien viene por detrás con apegado paso, gira despacio la cabeza para reconocer al malandro de ayer. Tratando de despistarlo, Vársé se confunde de dirección y para rematar esa desdicha, ahora ni siquiera sabe por dónde irse para llegar al mercado central. Preocupándose, se siente gravemente amenazado y abandonando la intención de salir de ese lugar, se desespera buscando algún grupo de personas con el que se pueda reunir y resguardar, pero en su nerviosa escapada, la voz le sale regurgitada.

—Disculpa si no leí sus nombres hoy en la mañana, fue un error mío no lo hice con intención. Estoy aquí solo supliendo, así que todavía estoy aprendiendo todo esto. Fui despistado. Realmente disculpa, ¿sí? No creas que fue una manera de desquitarme por lo de ayer, no sabía. Dejémoslo así, ¿qué te parece? ...no tienes por qué seguirme, ya entendí que me equivoqué... por favor.

Narre ahonda más su mirada y pronto cambia su atosigante expresión, a una gran indiferencia.

—Buenas noches, profesor. Usted vino a enseñar, ¿no? Ojalá no sea un mama verga y termine haciéndonos cabrear aquí. Váyase con cuidado que ya lo tengo fichado.

Vársé oye su hostilidad y mientras lo ve irse lentamente, no sabe qué hacer con el inaguantable aturdimiento que le ha dejado. En la madrugada, el espasmo terrorífico por fin se le iría, para dejarle un enfado e indignación indecible que estropearía su breve descanso antes de partir a otra de sus clases. Y de algún lado y en algún escurridizo momento antes de que volviese a amanecer, le saldría una frenética motivación

para poner en orden el material de estudio.

Como profesor escolar su amigo tiene un sinnúmero de labores; enseña una mezcla de dibujo y matemáticas, es tutor de un grado y debido a la falta de personal, suele ayudar con el procesamiento de información administrativa. A eso también se le sumaba que él forma parte de la delegación que busca fomentar el estudio, actividad que requiere que con sus colegas salga y pase jornadas largas dando charlas. Además, también se encargaba de la coordinación de la entrega trimestral de alimentos y de la traída de brigadas médicas para la escuela. El arquitecto le hubo preguntado por qué seguía trabajando ahí si en la ciudad tenía varias propuestas para enseñar en buenas escuelas privadas, pero después de oírlo, las incrédulas risas se le asentaron y se callaron.

Su amigo le dijo que: —Educar en esta escuela tiene mucha traba porque casi no hay apoyo del gobierno, a nosotros se nos trata como si lo que hiciéramos fuera un malgasto. Soy yo quien usualmente compra material para dar mis clases, mi sueldo pasa retrasado, pendo de un contrato que no es que signifique mucho porque cada tanto se rumorea recorte de personal... Aquí a cualquier le daría desdicha por todo esto, ¿y cómo no tener frustración? Sé que las ofertas que tengo en la capital son buenas, pero a mí simplemente me gusta esforzarme en el pueblo y yo quiero quedarme porque sinceramente, este pedazo de educación pública que han puesto en una zona rural es importante, a mí me importa. Aquí trabajar es arduo, pero a mí me apasiona y aunque a veces es estresante, me voy contentando la vida.

Capítulo 3

Nuestra familia.

Viendo el estrepitoso bus venir, Narre deja salir un pesado resoplo mientras se trepa para continuar en un largo recorrido. En medio del traqueteo y de la soledad de su asiento, se permite descansar sin que nada más se le sea pedido. Observando la oscuridad que aparece luego de salir del pueblo, apoya la cabeza sobre su mochila y sintiéndose muy desgastado, siente la vida que aguanta, recrudescérsele.

Más tarde y ya cayendo en sueño, Narre ingresa a su cuchitril rural. Leu oye ruido rondando por la cocina y agitado se levanta para ver a un ennegrecido bulto sentado a la mesa.

—Narreki, ¡ya terminaste de trabajar!

—Y usted, niño, ¿por qué está despierto? —Menciona alegre. —Ven acá, dame un abrazo grande.

Leu sonríe y se apresura hacia él. A Narre le preocupa que su hermano de apenas seis años pase solo en casa cuando se va a trabajar, pero como no quiere molestar a las pocas personas en las que confía, no tiene con quién dejarlo. Narre estruja fuertemente a Leu, pero escuchando un sonoro borboteo, se separa dudoso y al reconocer de dónde proviene el ruido, corre hacia afuera para encontrarse con la manguera abierta. Se apura a enroscarle la tapa y al pararse para ver el taque de cemento, se da cuenta que estuvo por terminar de vaciarse. Refregándose el rostro con la mano, suelta enfadado y exhausto.

—¡Pero qué mierda! ¡Ya casi no tenemos agua y el tanquero recién vino ayer!

Leu, de pie en el marco de la puerta, nota la frustración de su hermano y llenándosele los ojos de lágrimas, se seca como puede lo que cae a sus mejillas para no ser visto así. Asustado, se apega hacia un lado del marco y con una temblorosa boca le habla. —...perdón, yo no cerré bien, no pude.

Narre mira los pocos centímetros de agua que quedan y sintiéndose harto, solo quiere irse a dormir.

—No me pegues, Narreki.... —dice rotamente mientras encogiéndose, ve a su hermano acercarse.

—Fue un accidente, Leu. Esa manguera nos pasa dando problemas porque la tapa nunca quiere ajustar. —Agachándose frente a él, le recuerda

cariñoso. —¿Qué vamos a ganar si te pego? Nada, lastimarte no va a traer el agua de vuelta, Leu.

—...es que tú estás muy bravo conmigo.

—Pero yo no me estoy enojando contigo, a mí lo que me molesta es que tenía que haber comprado otra manguera hace tiempo, pero no lo hice.

—Menciona suave. —Dame un abrazo, eso. Ya mañana veo que hago, ahora vayamos adentro que usted niño ya debía estar durmiendo hace rato.

Leu lo mira y una mueca sonriente le crece en el rostro.

...

Un duro lomo.

Al día siguiente, después de dejar a su hermano en la escuela, Narre parte a la tienda agrícola. Repitiéndose a sí mismo que ese es su dinero honesto y que todo su esfuerzo importa, observa exhausto una vez más al camión que trae la nueva carga antes de continuar montándose a los hombros los pesados sacos de abono y de semillas. Durante su constante ir y venir, uno de sus compañeros le avisa que alguien lo está buscando y deteniéndose, Narre se aleja de las bodegas.

—¿Qué hacen aquí? — Al verlos, el muchacho frunce el rostro y se amarga.

—¿Hasta cuándo crees que te vamos a esperar?

—Nunca estás en tu casa, así que tenemos que venir a buscarte. ¿Acaso te estás escondiendo? —Uno de ellos le dice agresivo.

—Ya les dije que este fin de mes les voy a pagar, no sé para que vinieron.

—Nos quedaste debiendo del mes anterior también.

—Ya veré si puedo pagarles eso este mes, si no tendrán que esperar hasta el siguiente.

—¡¿Hasta cuándo va a ser todo esto?! Ya basta de tanta mierda pues Narre. Tienes que pagarnos el material que fiamos en tu nombre para que tú pudieras construir tu casa.

—¡Tú no vienes a gritar aquí! ¿Cómo quieren que les pague si no me

dejan trabajar?

—¡Ya ha sido suficiente, Narre! Nosotros no vamos a seguir esperándote hasta que te nazca pagarnos, tú tienes ya varias cuotas que has ido arrastrando hasta la fecha, así que o este mes nos pagas esas o el que viene, nos pagas todo.

—¿Cómo mierda crees que voy a pagar todo si ni siquiera he tenido para pagarles hasta ahora?

—No nos importa, pero en unas semanas si o si tendremos nuestra plata, o es que ¿no nos quieres pagar? Tú no quieres que te vayamos a pegar enfrente de tu hermano, ¿verdad?

—¡Yo les voy a pagar a mí manera, pero si me siguen jodiendo no sé a dónde termine yéndose la plata! Lárguense de aquí.

—Nos estás provocando, Narre y nos estamos cabreando de todo esto.

—Yo también estoy harto, así que váyanse. Ustedes no ganan nada lastimándome porque si lo hacen no habrá nadie a quién puedan cobrar.

El hombre más hablador alza el puño y lo asesta debajo del mentón del muchacho. Pronto, más agresividad se abre entre ellos y antes de que todo eso empeore, Narre se aparta.

—¡En un par de semanas iremos a tu casa por nuestro dinero o nos llevaremos lo que invertimos!

Viendo a los chulqueros irse, Narre queda atormentado.

Inmediatamente a su partida, un enojado compañero de trabajo aparece por los basureros. —¡Narre, pero qué carajo! No pueden venir aquí a hacer este escándalo, ya sabes que al dueño no le gusta eso. Te pueden hasta despedir y mírate, mira cómo te han dejado. —Resopla molesto. —Límpiate al menos, estás todo embarrado de sangre. Toma ponte mi abrigo encima. Narre, no le diré a nadie porque sé que necesitas este trabajo, pero tienes que hacer que esto ya no pasé aquí.

Narre asiente y como puede se limpia la cara mientras la preocupación le atruena en la cabeza porque no sabe qué hacer. Metido largamente en sí mismo, una voz trae una pregunta y Narre se distrae al ver al profesor suplente entregándole una orden de compra a un empleado. Su compañero lo llama y él va a ayudar con el pedido.

En la claridad de ese medio día, el arquitecto observa duramente y con desconfianza a ese hombre porque si no le hubiera podido conocer la mañana antes, pensaría que es como cualquier otro del pueblo, solo que con

una juventud un poco más desgastada. Insistiendo con la mirada, Vársé frunce el ceño porque después de reverberarse con idea malnacida y tosca, se dice así mismo que ese malandro ni siquiera aparenta ser uno. ¡Y ahora, hasta trabajando diligentemente se lo ve! Todo eso debía ser alguna gran sinvergüencería porque no podía ser.

Cuando en los pensamientos, el arquitecto está por llamarlo como un pobretón de mierda, se desconcierta y con malestar de ver a ese malandro trabajando, agarra la compra y se va sintiendo muy incómodo.